**Necesaria humildad**

“En todas partes se oye la misma queja: el hombre no mira por la naturaleza, se da a destruirla. Ignora que él no está separado de la naturaleza aunque la devaste. En otras palabras, no sabe que se agrede a sí mismo en su cara aparentemente externa”. Rafael Cadenas

En su libro *Breviario de podredumbre*, Cioran se formuló esta pregunta: “¿Quién halló jamás una sola verdad alegre que fuera válida?” ¿A que verdades se refería? Acaso a ésas destinadas a hacerse parte de creencias y certezas compartidas por todos o por la mayoría; más que poco “alegres”, abrumadoras, opresivas, densas. Con su descarnada ironía, Cioran supo aludir a ciertos signos con que las épocas diseñan itinerarios colectivos.

Nuestro presente repite una y otra vez la verdad enunciada por Darwin: la de la supervivencia de los más aptos. Desde los protozoarios y hasta las más desarrolladas civilizaciones, nuestra comprensión colectiva frecuenta la idea que sólo los mejores, los más fuertes, los más despiadados, los más oportunos, los más afortunados se impondrán a los otros: los más débiles, los menos voluntariosos, los siempre destinados a perder. ¿Podría concebirse una verdad menos “alegre” que ésa?

En nuestro tiempo pocas imágenes estéticas han sido tan icónicamente expresivas como la más conocida pintura del noruego Edvard Munch, *El grito*; concebida, como alguna vez dijera su autor, “a partir de un propio infierno interior”. La importancia de *El grito* reside en haber acercado el infierno personal de un individuo al posible signo infernal de la Humanidad toda. Con su obra, Munch nos dice a los hombres que estamos solos en medio de desoladas superficies contradictoriamente convertidas en asfixiantes madrigueras donde nos aplastamos unos y otros.

Ante una verdad tan terrible como esa, los seres humanos estamos obligados a descubrir verdades necesariamente más “alegres”. Sustentadoras verdades individuales que cada quien pueda hallar por sí mismo y lúcidas respuestas colectivas que pudieran rescatarnos a todos.

Por siglos, los hombres se admiraron demasiado. Se creyeron poderosos y autosuficientes. Se dignificaron como privilegiados destinatarios del amor de un dios o como depositarios únicos de una de una razón todopoderosa, y se veneraron por ello. Hoy, de aquella suficiencia no queda sino una más o menos disimulada desesperación y la sospecha de un entorno demasiado vulnerable a causa de las muchísimas y reiteradas desmesuras.

La sabiduría del hombre de nuestros días deberá ser una sabiduría de la humildad. Humildad para acercarnos al mundo en vez de alejarnos de él. Humildad para entendernos con nuestro planeta en vez de tratar de modificarlo. Humildad para vislumbrar que lo humano y lo natural son piezas vivas dentro de un mismo sistema cósmico: expresiones de una sintaxis hecha de balances y armonías; de partes esenciales de una totalidad, a un tiempo, coherente e indescifrable.

Hoy el ser humano comienza a reconocer que su protagonismo dentro del tiempo terrestre es, esencialmente, accidental. No somos los privilegiados destinatarios de la infinitud universal, somos sólo los habitantes temporales de un fatigado planeta: apenas sobrevivientes. Ni hijos de Dios ni extraordinario resultado de una mágica e irrepetible combinación, sólo sobrevivientes... Y desapareceremos algún día, de la misma manera en que un día llegamos.

Efímero humano: nos creímos únicos y nos sabemos, hoy, protagonistas de un tiempo fugacísimo. El papel central del hombre ha sido consecuencia de una serie de circunstancias accidentales, y ese rol protagónico no altera una realidad innegable: todo seguirá existiendo después de que hayamos desaparecido. A partir de esta conciencia efimeral, los seres humanos deberíamos recuperar una humildad perdida. Por siglos, el hombre fue arrogante, demasiado arrogante. Esa arrogancia carece hoy de cualquier vestigio de sentido.

Nietzsche habló del "placer maligno que un dios experimenta ante el espectáculo del ser humano admirándose a sí mismo". La mirada de los hombres busca, ahora, un sentido que rescate su esperanza y que logre devolverles la ilusión del ahora y del después que es, también, la ilusión del siempre.

El tiempo es tiempo. Pasa. Sucede. Lo poblamos con nuestros hechos y nuestras ilusiones. Entre todos vamos convirtiéndolo en porvenir posible o en porvenir frustrado, en vitalidad de espacios o en espacio condenado. El tiempo por venir depende de este presente que ahora construimos. Nuestros errores o nuestros aciertos, hoy, tendrán sus secuelas mañana. El exceso o la mesura, la solidaridad o el egoísmo se reflejarán en nuestro futuro.

Es imposible saber cómo resultarán las cosas. No es fácil distinguir la faz del mañana en medio de tanta confusión como la que ahora nos rodea. Sin embargo, sí es posible conjeturar la historia que queremos hacer, el tiempo que creemos merecer. Un tiempo de necesaria supervivencia humana en medio sociedades más justas y solidarias, menos inhumanas, más felices.